COSTUMBRES DE LOS SALVAGES.

Los salvages de la América septentrional pueden pintarse de dos modos igualmente fieles é infieles; el uno es el no hablar sino de sus leyes y de sus costumbres, sin entrar en pormenores acerca de sus estravagantes usos ni de sus hábitos, muchas veces repugnantes para los hombres civilizados. En este caso solo se verán griegos y romanos, porque las leyes de los indios son graves, y muchas de sus costumbres interesantes.

El otro modo consiste en representar únicamente los hábitos y usos de los salvages, sin mencionar sus leyes ni sus costumbres, y entonces ya no se verán mas que cabañas ahumadas é infectas, en donde se guarecen una especie de monos que tienen la facultad de hablar. Sidonio Apolinar se lamentaba de verse obligado á *oir el áspero lenguage del germano, y tratar al borgoñon que se frotaba los cabellos con manteca.*

Yo no sé si la casita del viejo Caton en el pais de los sabinos, estaria mucho mas limpia que la choza de un iroqués. El maligno Horacio pudiera dejarnos alguna duda sobre este punto.

Por otra parte, si se pintasen con los mismos rasgos todos los salvages de la América septentrional,

se alteraria la semejanza; porque los de la Luisiana y de la Florida difieren bajo muchos aspectos de los del Canadá. Yo, pues, sin hacer la historia particular de cada tribu, he reunido todo lo que he podido averiguar acerca de los indios, bajo los títulos siguientes:

Casamientos, hijos, funerales; *Cosechas, fiestas, bailes y juegos*; *Año, division y reglamento del tiempo, calendario natural*; *Medicina*; *Lenguas indianas*; *Caza*; *Guerra*; *Religion*; *Gobiernos.* Una conclusion general pone á la vista la América tal como se presenta en el dia.

CASAMIENTOS, HIJOS, FUNERALES.

Se conocen entre los salvages dos especies de casamientos: el primero se efectua por la simple conformidad del hombre y de la muger; la obligacion se contrae por un tiempo mas ó menos largo, segun convienen en fijarlo los que lo contraen, y cuando espira, ambos esposos se separan: tal eracon corta diferencia el concubinato legal que estaba admitido en Europa en los siglos VIII y IX.

El segundo casamiento se hace igualmente en virtud del consentimiento del hombre y de la muger: pero en éste intervienen los padres, y aunque no se limita como el primero á cierto numero de años, siempre puede disolverse. Se ha observado que entre los indios el segundo casamiento, el casamiento legítimo, era preferido por las jóvenes y los viejos, y el primero por las viejas y los jóvenes.

Cuando un salvage ha determinado contraer un matrimonio legal, se dirige acompañado de su padre á proponerlo á los padres de la novia. El padre estre-

na para este acto un trage; adorna su cabeza con plumas nuevas, se lava la antigua pintura de la cara, se la embadurna de nuevo, y cambia el anillo que pende de su nariz ú orejas; toma en la mano derecha una pipa de braserillo blanco y cañon azul revestido de colas de pájaro, y empuña en la izquierda su arco, que lleva tendido á manera de baston. Síguele su hijo cargado de pieles de oso, de castor y de alce: y llevando ademas dos collares de porcelana de cuatro rastras, y una tórtola viva en una jaula.

Los pretendientes se dirigen ante todo al pariente mas anciano de la jóven; entran en su cabaña, se sientan delante de él sobre una estera, y tomando la palabra el padre del jóven guerrero, dice; «Aquí hay pieles. Los dos collares, la pipa azul y la tórtola piden á tu hija en matrimonio.»

Si los presentes se admiten, queda concluido el matrimonio, porque el consentimiento del abuelo ó del sachem mas anciano de la familia, prevalece sobre la voluntad del padre. La edad es el orígen de la autoridad entre los salvages; cuanto mas viejo es un hombre, mas imperio tiene sobre los demas. Aquellos pueblos hacen derivar el poder divino de la eternidad del Grande Espíritu.

Algunas veces el viejo pariente, al mismo tiempo que acepta los presentes, pone alguna restriccion á su consentimiento, restriccion que se conoce si despues de haber aspirado tres veces el humo de la pipa, el fumador deja escapar la primer bocanada en lugar de tragársela, cuando el consentimiento es absoluto.

De la cabaña del anciano pariente, se dirigen al hogar de la madre de la jóven; la cual queda poseida de terror si ha tenido sueños nefastos. Para que los sueños sean favorables, no deben haber representado los espíritus, ni los abuelos, ni la patria, sino que

deben haber mostrado cunas, aves y ciervas blancas. Pero hay un medio infalible de conjurar los sueños funestos, y es el suspender un collar colorado al cuello de un muñeco de madera de encina: tambien entre los hombres civilizados tiene la esperanza sus collares colorados y sus muñecos.

Hecha esta primera peticion, parece que se deja todo olvidado, y todavía trascurre largo tiempo antes de la conclusion del matrimonio. La virtud predilecta del salvage es la paciencia: en los peligros mas inminentes no debe alterarse nada la marcha ordinaria de las cosas: el guerrero que cuando el enemigo está á las puertas dejase de fumar tranquilamente, sentado al sol con las piernas cruzadas, seria reputado por una *vieja*.

Por mas apasionado que esté el jóven, debe afectar la mayor indiferencia, y aguardar las órdenes de su familia. Segun la costumbre recibida, los dos esposos deben permanecer al principio en la cabaña del pariente mas anciano; pero muchas veces algunas disposiciones particulares alteran la observancia de esta costumbre. Entonces levanta el futuro marido su cabaña, y casi siempre la sitúa en algun valle solitario, cerca de un riachuelo ó de una fuente, y bajo de algunos árboles que puedan ocultarla con sus ramas. Los salvages todos son, como los héroes de Homero, cocineros, carpinteros y médicos. Para construir la choza matrimonial, ante todo clavan en el suelo cuatro postes de un pie de circunferencia y doce de alto, los cuales están destinados á marcar los cuatro ángulos de un paralelógramo de veinte pies de largo y diez y ocho de ancho. Unas muescas abiertas en dichos postes reciben unos traveseros, que, llenos de barro sus intérvalos, forman las cuatro paredes de la cabaña.

En las dos paredes longitudinales se practican dos

aberturas; la una que da entrada á todo el edificio, y la otra para pasar á una pieza semejante á la primera pero mas pequeña.

Dejan que el novio coloque por sí solo los cimientos de su habitacion; pero despues le ayudan en el trabajo sus compañeros. Estos llegan cantando y bailando, y llevan instrumentos de albañilería hechos de madera, y el omoplato de algun cuadrúpedo les sirve de paleta. Dan golpes en la mano de su amigo, le saltan sobre los hombros, se chancean sobre su boda, y acaban la cabaña. Subiéndose sobre los postes y las paredes comenzadas, levantan el techo de cortezas de abedúl ó de cañas de maiz, mezclando pelo de animales y paja de ballueca amasada con arcilla roja; y con esta masa revisten por dentro y por fuera las paredes del edificio. En el centro, ó bien á una de las estremidades de la sala mayor, plantan los obreros cinco largas pértigas, y las rodean de yerba seca y mortero: esta especie de cono sirve despues de chimenea, y dá salida al humo por una abertura que al efecto se practica en el techo. Todo este trabajo se hace entre las pullas y cantos satíricos, que por la mayor parte son groseros, si bien hay algunos que no carecen de cierta gracia.

«La luna oculta su frente bajo una nube; es vergonzosa, y está afrentada, porque sale del lecho del sol. Así se ocultará y se pondrá colorada... al otro dia de sus bodas, y nosotros la diremos: Déjanos ver tus ojos.»

Los golpes del martillo, el ruido de las paletas, el crugido de las ramas que se rompen, las risotadas, los gritos, las canciones, se oyen desde muy lejos, y todas las familias dejan los pueblos para tomar parte en la diversion general.

Concluida la cabaña por fuera, la rebocan por dentro con yeso, si el pais lo produce, y á falta de yeso con tierra-greda. Se arrancan las yerbas que han quedado en el interior del edificio: y bailando los obreros sobre aquel piso húmedo, le igualan y consolidan muy pronto. Luego cubren de esteras de caña aquella área, como igualmente las paredes, y en pocas horas queda concluida una cabaña, que bajo un techo de cortezas suele ocultar mas felicidad que las altas cúpulas de un palacio.

Al otro dia se llena la nueva habitacion de todos los muebles y comestibles del propietario: esteras, banquillos, vasijas de tierra y de madera, calderas, cubos, perniles de oso, y de alce, tortas secas, haces ó gavillas de maiz para alimento ó para remedios: estos varios objetos se cuelgan á las paredes, ó se esponen á la vista sobre unas tablas; en un hoyo revestido de cañas machacadas se echa el maiz y la ballueca. Los instrumentos de pesca, de caza y de guerra, y de agricultura, el cayado de la labranza, los lazos, las redes tegidas con la médula interior de la palma silvestre, los anzuelos formados de dientes de castor, los arcos, las flechas, las macanas, las hachas, los cuchillos, las armas de fuego, los cuernos para llevar la pólvora, los chichikoués, los tamboriles, los pífanos, las pipas, el hilo de nervios de corzo, la tela de morera ó de abedul; las plumas, las perlas, los collares, los colores negro, azul y bermellon para adornarse, una multitud de pieles, unas curtidas y sin pelo, y otras con él; tales son los tesoros con que se enriquece la cabaña.

Ocho dias antes de la boda se retira la jóven á la cabaña de las purificaciones; lugar separado, donde las mugeres entran y permanecen tres ó cuatro dias cada mes, y donde van á parir. Durante estos dias de retiro, el guerrero comprometido, caza y deja las piezas en el mismo sitio donde las mata; las mugeres las recogen, y las llevan á la cabaña de los padres

para el convite de boda. Si la caza ha sido buena, se saca de ella un augurio favorable.

Llega por fin el gran dia. Los agoreros y los principales sachems son convidados á la ceremonia. Una tropa de jovenes guerreros va á buscar al novio á su cabaña; y una cuadrilla de muchachas va por la novia á la suya. Los novios van adornados con gran lujo de plumas, collares, pieles y colores.

Las dos comitivas por caminos opuestos llegan á un mismo tiempo á la choza del pariente mas anciano, en la cual se ha practicado una segunda puerta enfrente de la ordinaria: rodeado el esposo de todos sus compañeros, se presenta á una de dichas puertas al mismo tiempo que la esposa aparece en la otra con sus compañeras. Todos los sachems de la fiesta están sentados dentro de la cabaña con la pipa en la boca, y la nuera y el yerno se colocan sobre unos rollos de piel á uno de los estremos.

Entonces empieza á la parte de fuera el baile nupcial entre los dos coros que se han quedado á la puerta. Las jóvenes armadas de una especie de cayado, imitan las diversas faenas del cultivo; los jóvenes guerreros hacen la guardia al rededor con el arco en la mano. De pronto sale de la selva una partida enemiga, y quiere llevarse las mugeres, estas arrojan el cayado, y echan á huir; vuelan á socorrerlas sus hermanos, trábase un combate simulado, y son rechazados los raptores.

A esta pantomima suceden otras escenas ejecutadas con una vivacidad natural: aquella es la pintura de la vida doméstica, el cuidado de la casa, el sostenimiento de la cabaña, los placeres y los trabajos del hogar; tiernas ocupaciones de una madre de familia. Este espectáculo termina por una rueda, en que las jóvenes se vuelven hácia el lado opuesto al curso del

sol, y los jóvenes guerreros siguen el movimiento aparente de este astro.

Sigue la comida, que se compone de sopas, caza, tortas de maiz, cañahejas, especie de legumbre, carnes y aves asadas. Se bebe en grandes calabazas el zumo del arce ó del zumaque, y en tacitas de haya una preparacion de *casina*, bebida caliente, que se sirve como el café. La magnificencia del convite consiste en la profusion de los manjares.

Concluido el banquete, se retira la multitud, y solo quedan en la cabaña del anciano pariente doce individuos, seis sachems de la familia del marido, y seis matronas de la de la muger. Estas doce personas sentadas en el suelo, forman dos círculos concéntricos, el interior las mugeres y el esterior los hombres; los novios se colocan en el centro de los dos círculos; y entre los dos sostienen horizontalmente, cada uno por una punta, una caña de seis pies de largo. El novio tiene en la mano derecha un pie de corzo, y la esposa eleva en la izquierda una gavilla de maiz. La caña está pintada de geroglíficos que señalan la edad de los esposos y la luna en que se ha hecho el casamiento. Se dejan á los pies de la esposa los presentes del marido y de su familia, que son un trage completo, el jubon de cortezas de morera, un corsé igual, un manto de plumas, ó de pieles de marta, los mocasines bordados de pelo de puerco espin, los brazaletes de mariscos, y los anillos ó las perlas para la nariz y para las orejas.

A estos trages se añade una cuna de juncos, un pedazo de agárico, piedras de chispa para encender la lumbre, el collar de cuero para llevar fardos, y el tronco para el hogar. Palpita el corazon de la esposa á vista de la cuna, y no la asusta el collar y la caldera, porque mira con sumision aquellos signos de la esclavitud doméstica.

Ni queda sin lecciones el marido: una macana, un arco y un remo, le anuncian que sus deberes son pelear, cazar y navegar. En algunas tribus un lagarto verde, de aquella especie cuyos movimientos son tan rápidos, que la vista puede apenas seguirlos, y algunas hojas secas dentro de una cesta, enseñan al nuevo esposo que el tiempo huye y el hombre cae. Aquellos pueblos enseñan con emblemas la moral de la vida, y recuerdan la parte de cuidado que la naturaleza ha repartido á cada uno de sus hijos.

Cuando los dos esposos, que se hallan encerrados en el doble círculo de los doce parientes, han declarado que quieren unirse, el mas anciano de aquellos toma la caña de seis pies, y dividiéndola en doce pedazos, los distribuye entre los doce testigos, cada uno de los cuales está obligado á presentar su porcion de caña, para que sea reducida á ceniza, caso de que los esposos quieran un dia divorciarse.

Las jóvenes que han conducido á la esposa á la cabaña del pariente mas anciano, la acompañan cantando á la choza nupcial, y los jóvenes por su parte acompañan al esposo. Se vuelven á sus casas los convidados á la boda, los cuales ofrecen en sacrificios á los manitús algunos pedazos de sus ropas, que echan en los rios, y queman una parte de su alimento.

En Europa se casan los jóvenes para libertarse de las leyes militares; en la América septentrional, por el contrario, nadie podia casarse sino despues de haber peleado por la patria: porque ningun hombre era reputado digno de ser padre, sino cuando habia probado que sabia defender á sus hijos. Por consecuencia de esta noble costumbre, un guerrero no empezaba á gozar de la consideracion pública hasta el dia que se casaba.

Es permitida la pluralidad de mugeres, y un abuso contrario entrega muchas veces una muger á muchos maridos: algunas hordas mas groseras ofrecen sus mugeres y sus hijas á los estrangeros. Mas esto no procede de depravacion, sino de un sentimiento profundo que lleva á los indios á aquella especie de infamia, creidos de que harán mas feliz á su familia cambiando la sangre paterna.

Los salvages del Noroeste quisieron participar de la raza del primer negro que descubrieron: habianle tomado por un mal genio, y se prometieron que naturalizándolo entre ellos, se procurarian relaciones y protectores entre los genios negros.

El adulterio de la muger era castigado entre los hurones con la mutilacion de la nariz para que el delito permaneciese siempre grabado en el semblante.

En caso de divorcio, los hijos son adjudicados á la madre; porque entre los animales, dicen los salvages, la hembra alimenta á los hijuelos.

Se acusa de incontinencia á la muger que se hace embarazada en el primer año de su matrimonio; y por esta razon suelen tomar el zumo de una especie de ruda para destruir el fruto sobrado precoz de sus entrañas: sin embargo, por una inconsecuencia muy natural en los hombres, una muger no es estimada sino desde que es madre. Como tal se la llama á las deliberaciones públicas; y cuantos mas hijos tiene, principalmente varones, es mas respetada.

El marido que enviuda se casa con la hermana de su muger, si la tiene, y la muger que pierde su marido se casa tambien con el hermano de éste: esta era en corta diferencia la ley de Atenas. Una viuda cargada de hijos es muy solicitada.

Luego que aparecen los primeros síntomas del embarazo, cesa toda relacion entre los dos esposos: hácia el fin del noveno mes, la muger se retira á la cabaña de las purificaciones, en donde es asistida por

las matronas; y ningun hombre, sin esceptuar el marido, puede entrar en aquella cabaña. La muger permanece en ella treinta ó cuarenta dias despues del parto, segun que ha dado á luz una hija ó un hijo.

Cuando el padre recibe la noticia del nacimiento de su hijo, toma una pipa de paz, cuyo tubo cubre de pámpanos de dulcamara, y corre á anunciar la fausta nueva á los diversos miembros de la familia. Ante todo se dirige á los parientes maternos, porque el hijo pertenece esclusivamente á la madre. Aproximándose al sachem mas anciano, despues de haber fumado hácia los cuatro vientos, le presenta la pipa, diciendo: «Mi muger es madre.» El sachem toma la pipa, fuma tambien á su vez, y dice quitándose la pipa de la boca: «¿Es un guerrero?»

Si la contestacion es afirmativa, el sachem fuma tres veces con direccion al sol: si es negativa, solo fuma una vez. El padre es despedido en ceremonia mas ó menos lejos, segun el sexo de la criaturita recien nacida. Un salvage que llega á ser padre, adquiere una consideracion muy distinta entre los suyos: su dignidad de hombre empieza con su paternidad.

Pasados los treinta ó cuarenta dias de purificacion, se dispone la parida á restituirse á su cabaña, en donde se reunen sus parientes para imponer nombre al recien nacido. Apagan el fuego, y arrojando al viento las antiguas cenizas del fogon, preparan una hoguera compuesta de maderas olorosas: el sacerdote ó agorero, con una mecha en la mano, se dispone á encender el fuego nuevo: se purifican todos los sitios de la cercanía, rociándolos con agua de fuente.

No tarda en llegar la jóven madre, la cual lleva vestido un trage nuevo, porque no debe llevar nada que haya servido otra vez. Tiene descubierto el

pecho izquierdo, y suspendido de él á su hijo completamente desnudo, y en esta disposicion pone el pie sobre el umbral de la puerta.

Entonces el sacerdote pone fuego á la hoguera, y presentándose el marido, recibe á su hijo de manos de su muger, y declara en alta voz que es suyo. En algunas tribus solo los parientes del mismo sexo que el recien nacido, son los que asisten á esta ceremonia. Despues de haber besado los lábios de su hijo, le entrega el padre al sachem mas anciano; y el recien nacido va pasando de esta manera á los brazos de su familia, y recibe la bendicion del sacerdote y los votos de las matronas.

En seguida se pasa á la eleccion de un nombre, y la madre permanece sobre el umbral de la cabaña. Cada familia tiene ordinariamente tres ó cuatro nombres que van turnando; pero nunca se trata sino de los nombres de la línea materna. Segun la opinion de los salvages, el padre cria el alma del niño, y la madre solo engendra el cuerpo (1); y por lo mismo se encuentra justo que el nombre del cuerpo provenga de la madre.

Cuando se le quiere hacer un grande honor al niño, se le confiere un nombre mas antiguo de la familia, como por egemplo, el de su abuela; y desde aquel momento el niño ocupa el lugar de la muger cuyo nombre ha recogido, y le dan cuando le hablan el grado de parentesco, que su nombre hace revivir. De ahí es que un tio puede saludar á un sobrino con el título de abuela; costumbre que haria reir sino fuese tan tierna: ella por decirlo así, vuelve la vida á los abuelos; reproduce en la debilidad de los primeros años la debilidad de la vejez, enlaza y aproxima las dos estremidades de la vida, el principio y el fin

(1) Véanse *los Natchez*.

de la familia, comunica una especie de inmortalidad á los antepasados, suponiéndolos presentes en medio de su posteridad; aumenta el cuidado que la madre tiene de la infancia, con el recuerdo del que tuvieron de la suya, y de este modo la ternura filial aumenta el amor materno.

Verificada la imposicion del nombre, entra la madre en la cabaña y le entregan á su hijo, que ya no pertenece sino á ella. Le coloca luego en una cuna, que es una tablita de madera muy ligera, sobre la que se ha dispuesto un lecho de musgo, o de algodon silvestre. Colocado el niño sobre esta cama enteramente desnudo, dos fajas de una piel blanca y suave le sujetan y previenen su caida, sin quitarle el movimiento. Encima de la cabeza del recien nacido se ha colocado un aro, sobre el cual se pone un velo que sirve para ahuyentar los insectos, y dar frescura y sombra á aquella criaturita.

Ya he hablado en otra parte (1) de la madre indiana, y he referido cómo lleva á sus hijos, cómo los suspende de las ramas de los árboles, cómo les canta, cómo los adorna, los duerme y los despierta, cómo los llora cuando mueren, y cómo vá á derramar su leche sobre el césped que forma su tumba, ó á recoger su alma sobre las flores (2).

Despues del matrimonio y el nacimiento, seria oportuno hablar de la muerte, que termina las escenas de la vida; pero he descrito tantas veces los funerales de los salvages, que la materia está casi agotada.

No repetiré pues, lo que en la *Atala* y los *Natchez* he dicho ya acerca del modo cómo amortajan al difunto, cómo le pintan, cómo hablan con él, etc. Solo añadiré que en todas las tribus es costumbre el arruinarse por los muertos: la familia distribuye lo que posee entre los convidados al banquete fúnebre; y es menester comerse y beberse todo lo que se encuentra en la cabaña. Al salir el sol dan grandes alaridos alrededor del ataud donde reposa el cadáver, y estos alaridos empiezan de nuevo al ponerse el sol. Esto dura tres dias, al cabo de los cuales entierran al difunto, ponen la cubierta al sepulcro, y si fué un guerrero célebre, un poste pintado de rojo indica el lugar de su sepultura.

(1) *Atala, Genio del Cristianismo, los Natchez, etc.*

(2) Por lo que respecta á la educacion en los hijos, véase la carta que inserto mas arriba.

Entre muchas tribus los parientes del difunto se hacen heridas en las piernas y en los brazos. Un mes de seguida se continúan los gritos al salir y al ponerse el sol, y por espacio de muchos años se celebra con los mismos gritos al aniversario de su muerte.

Cuando un salvage muere en el invierno durante la caza, su cuerpo se conserva sobre las ramas de los árboles, y no le hacen los últimos honores sino despues de haber regresado los guerreros al pueblo de su tribu. Lo mismo practicaban en otro tiempo los moscovitas.

Los indios no solo tienen oraciones y ceremonias diferentes, segun el grado de parentesco, la dignidad, la edad y el sexo del difunto, sino que tienen tambien tiempos de exhumacion pública (1), y de conmemoracion general.

¿En qué consiste que los salvages de la América son los pueblos que mas veneran á los muertos? En las calamidades nacionales lo primero de que se trata es de salvar los tesoros de la tumba: la propiedad legal solo se reconoce en el punto en donde están enterrados los antepasados; cuando los indios defendian

(1) *Atala.*

sus derechos de posesion, siempre se valian de este argumento que les parecia sin réplica: «Diremos á «los huesos de nuestros padres: Levantaos y seguid«nos á una tierra estrangera.» Y viendo que este argumento no era escuchado, se llevaron consigo los huesos que no podian seguirlos.

Los motivos de esta afeccion estraordinaria á aquellas caras reliquias, son fáciles de conocer: los pueblos civilizados pueden conservar los recuerdos de su patria por los monumentos, las letras y las artes; tienen ciudades, palacios, torres, columnas y obeliscos; la huella de su arado existe en los campos que han cultivado, sus nombres están grabados sobre el bronce y el mármol, sus acciones las conservan las crónicas. Pero los salvages no tienen nada de esto: sus nombres no están escritos sobre los árboles de sus bosques; sus chozas edificadas en pocas horas, perecen en pocos instantes; el sencillo cayado de labranza, que apenas remueve la tierra, no ha podido levantar un surco; sus cantos tradicionales se desvanecen con la última memoria que los retiene, con la ultima voz que los repite. Para las tribus del Nuevo-Mundo solo hay un monumento, la tumba. Quitad á los salvages los huesos de sus padres, y les quitais su historia, sus leyes, y hasta sus dioses: arrebatais á aquellos hombres la única prueba que pueden presentar á la posteridad de su existencia y de su nada.

COSECHAS, FIESTAS,

RECOLECCION DEL AZUCAR DE ARCE, PESCAS, BAILES Y JUEGOS.

COSECHAS.

Se ha creido y se ha dicho que los salvages no sacaban partido de la tierra: esto es un error, porque aunque sea cierto que su principal ocupacion es la caza, todos sin embargo se dedican á algun género de cultivo, y saben emplear las plantas y los árboles para satisfacer las necesidades de la vida. Los que ocupaban el hermoso pais que forma hoy los estados de la Georgia, del Teneso, del Alabamá y del Missisipi, estaban bajo este concepto mucho mas civilizados que los naturales del Canadá.

Entre los salvages, todos los trabajos públicos son otras tantas fiestas: cuando habian pasado los frios, las mugeres siminoles, chicasecas y natchez, se armaban de un cayado de nogal, y se ponian en la cabeza una cesta con divisiones, llenas de semillas de maiz, de pepitas de sandía, de habichuelas y de gira-